

Tratado de Miraflores.

Apuntes en el bicentenario del histórico acuerdo de 1820.

Gustavo J. Annessi
Compilador

Autores

**Gustavo J. Annessi, Oscar A. Fantini, Martin A. Biaggini,
Pablo Zubiaurre, Marcelino Irianni, Diego Catriel Leon,
Pablo Daniel De Jesús y Vanesa N. Bagaloni**



Diseño y Edición: CESMa - Centro de Estudios Sociales de Maipú y CIIE - Centro de Capacitación, Información e Investigación Educativa de Maipú-.

Tratado de Miraflores: apuntes en el bicentenario del histórico acuerdo de 1820 / Gustavo Javier Annessi ... [et al.]; compilado por Gustavo Javier Annessi. - 1a ed adaptada. - Maipú: Centro de Estudios Sociales de Maipú - CESMA, 2020.

118 p.; 25 x 18 cm.

ISBN 978-987-45580-9-1

1. Historia Argentina. I. Annessi, Gustavo Javier II. Annessi, Gustavo Javier, comp.

CDD 982

Diseño de tapa: Paola Demirta

Mapa de tapa: George Joachim Goschen, 1830, Leipzig

Impreso en Argentina

Se permite la reproducción total o parcial de este libro con expresa mención de la fuente y autores.

Índice

Presentación	5
<i>Gustavo J. Annessi</i>	
La familia Ramos Mejía y el pago de Monsalvo	11
<i>Martin A. Biaggini</i>	
Miraflores: un pacto con los habitantes de la tierra	19
<i>Oscar A. Fantini</i>	
Miraflores. Los hombres y su tiempo	33
<i>Pablo Zubiaurre</i>	
Francisco Ramos Mejía y Adolfo Alsina. Personas en los bordes de su tiempo	45
<i>Marcelino Irianni</i>	
La importancia de Monsalvo en la avanzada hacia el sur. La historia militar de Kakel Huincul en los tiempos de Ramos Mejía.	69
<i>Gustavo J. Annessi y Pablo D. De Jesús</i>	
Maipú en perspectiva indígena: un recorrido arqueológico antes del Tratado de Miraflores	95
<i>Diego Catriel Leon y Vanesa N. Bagaloni</i>	
Datos de los autores	113

Presentación

Dr. Gustavo J. Annessi

Monsalvo, tierra al sur del río Salado, comienza a desarrollarse a finales del siglo XVII, donde los indígenas de esta zona efectuaban comercio fluido con los que poblaban las sierras de Tandil, generando rutas denominadas rastrilladas, entre la sierra y la depresión del Salado, y además intercambiaban mercaderías con aquellos primeros adelantados que se arriesgaban a cruzar esa frontera natural que era el río Salado.

Numerosos expedicionarios desde Juan de Garay, visitaron esta zona buscando sostenes logísticos para comerciar e incorporar nuevos territorios. Se destacan en la búsqueda el hallazgo de agua dulce y leña: así es como surgen nuevos nombres en los mapas del siglo XVIII: el Tuyú, Sierra de los Padres, Mar Chiquita, toponimia característica que hoy adornan los mapas actuales.

En 1811, Francisco Ramos Mejía en compañía de algunos hombres de su estancia de Buenos Aires, se internó al sur del río Salado hasta la zona de la laguna Kakel Huincul y Mari Huinkul, y en 1815 se instaló junto a su familia donde fundó la estancia Miraflores.

Un año antes, en 1814 el Capitán Ramón Lara avanzó desde Chascomús en dirección al sur hacia la zona de Kakel Huincul con un piquete de 50 hombres costeados por los propios hacendados a los efectos de proteger sus propiedades, que aprovechaban la numerosa ganadería chúcara que poblaba estas regiones abundantes en pastos y aguadas.

El 21 de agosto de 1817, en otro hecho significativo para nuestra historia local y regional, se celebra la primera misa al sur del río Salado, en el actual partido de Maipú, donde se firmó el “Acta de Monsalvo”. Este hecho demuestra la importancia de este espacio geográfico, corazón de Monsalvo, y centro demográficamente más poblado entre los siglos XVIII y XIX.

Debido a la importancia que había adquirido la zona de la laguna Kakel Huincul y Miraflores, por estos años hubo intentos incluso por formar un pueblo en las inmediaciones de esta laguna para establecer de manera definitiva a la población que se iba aglutinando alrededor de la

guardia Kakel convocando a los vecinos y demás interesados en los terrenos inmediatos a la laguna; este proyecto no llegó a concretarse.

En la zona de Kakel Huincul estaban asentadas varias tolderías entre ellas las de los caciques Ancafilú, Pichiman, Antonio Grande y Landao, que vivían en armonía con Ramos Mejía, pero que generaban desconfianza con las autoridades de la Provincia de Buenos Aires.

Así llegamos al 7 de marzo de 1820, donde se suscribió un tratado en el campo Miraflores, conocido como “Tratado de Miraflores”, entre el gobierno de Martín Rodríguez, los caciques Ancafilú, Tucumán y Trirnin, además de caciques con tolderías en la zona de Chapaleufú y Sierras del Tandil, representadas por Francisco Ramos Mejía.

Este acuerdo fue firmado como **“Convención estipulada entre la provincia de Buenos Aires y sus limítrofes, los caciques de la frontera del sud de la misma Provincia con el objeto de cortar de raíz las presentes desavenencias ocurridas entre ambos territorios y de establecer para lo sucesivo bases firmes y estables de fraternidad y seguridad recíproca”** y se lo conoce como Tratado, Pacto o Paces de Miraflores, y está compuesta por un total de 10 artículos:

1° Se reconoce a este propósito en la persona del Brigadier general D. Martín Rodríguez la representación del Gobierno y Provincia de Buenos Aires.

2° Igual representación de los Indios reconoce este en las personas de los caciques Ancafilú, Tacuman, y Trirnin, por sí y como autorizados por públicos parlamentos en el campo de las Tolderias del Arroyo de Chapaleofú por los otros caciques Currunagüel Anquepan, Suan, Trintronco, Albuñé, Lincon, Huletrú, Chañaa, Calfuiyan, Tretuc, Pichilonco, Cachul, y Luiay, que no se han apersonado sino por medio de aquellos.

3° La paz y buena armonía que de tiempo inmemorial ha reinado entre ambos territorios queda confirmada y ratificada solemnemente sin que los motivos que impulsan esta manifestación puedan perturbarla en lo sucesivo.

4° Se declara por línea divisoria de ambas jurisdicciones el terreno que ocupan en esta frontera los hacendados, sin que en adelante pueda ningún habitante de la Provincia de Buenos Aires internarse más al

territorio de los indios.

5° Los caciques se obligan a la devolución de las haciendas que se llevaron y existen de esta parte de la sierra, debiendo salir mañana una partida de veinte hombres á recibirlas y conducir las hasta esta Fortaleza, donde se repartirán a sus respectivos dueños, y quedando en este mismo acto comisionado el cacique Tucumán con un lenguaraz para trasladarse a la otra parte de la sierra a recibir de aquellos caciques las que se hallen en aquella parte.

6° Los hacendados de esta frontera, franquearán su territorio y el necesario auxilio a todos los indios que quieran venir a ellos a los comunes trabajos de nutrir y otros semejantes, con tal que entre ellos venga siempre uno encargado de evitar todo daño a los hacendados.

7° Con la misma ocasión se compromete el Gobierno de Buenos Aires a recomendar a sus súbditos la mejor comportación con los indios en sus tránsitos comerciales.

8° Los indios respetarán las posesiones y territorio de los hacendados del Sud, como propiedades de la Provincia de Buenos Aires, y esta la de los indios ultra de las posesiones territoriales expresadas en el art. 4° en que se demarcan los límites respectivos.

9° Los caciques se obligan para lo sucesivo prender y entregar al comandante de la guardia más inmediata a los desertores, o criminales que vayan a refugiarse a sus campos.

10°. Las partes contratantes se obligan a guardar religiosamente cuanto contienen los precedentes artículos. Y porque así, lo cumplirán, firmando de un tenor; uno para cada una de las partes contratantes, y haciéndolo a nombre de todos los caciques el ciudadano D. Francisco Ramos Mexia en el campo de Miraflores a 7 de marzo de 1820.

Martín Rodríguez - Francisco Ramos Mexia - Juan Ramón de Ezeiza.

A ruego, y como testigo de D. Domingo Lastra: José Manuel Vidal.

P. D. Francisco Ramos Mexía protesta sobre el compromiso de los indios en cuanto al artículo noveno por no haber estado presente en ese momento.

Este pacto solo va a durar unos pocos meses, ya que el gobernador Martín Rodríguez, el 15 de diciembre de ese año, inicia acciones ofensivas contra los aborígenes.

Con la detención de Ramos Mejía en diciembre de ese mismo año, estaba finalizando, quizá el primero de los intentos donde se imaginó una posibilidad de convivencia entre el blanco y los pueblos aborígenes a través de la construcción de puentes transitables en ambas direcciones.

Ramos Mejía, el tratado de Miraflores y sus enseñanzas

Como se puede apreciar, en estos años se llevaron adelante hechos destacados que marcan los orígenes de Monsalvo, pero sin embargo no tienen la consideración ni el reconocimiento en nuestra historia local. Por su parte, la figura de Ramos Mejía se presenta como desdibujada a pesar de haber sido uno de los pioneros en ocupar este territorio y fundamentalmente por mantener una relación amable y de comprensión con quienes eran los verdaderos dueños de estas tierras, los pueblos originarios.

Esta es una deuda que desde la enseñanza de las ciencias sociales debemos proponernos saldar. Esto, nos pone frente a un enorme desafío a todos los docentes, que es instalar esta historia invisibilizada en las escuelas del distrito para que sea enseñada y se comience a trabajar en las aulas rescatando aquellas personas que fueron trascendentales en otras épocas y que contribuyeron de manera decidida a construir este territorio y esta identidad maipense.

El tratado de Miraflores obliga a todos los actores del sistema educativo a incorporarlo dentro de la agenda educativa y nos desafía a profundizar el conocimiento sobre este período histórico tan significativo a nuestra identidad.

El Tratado de Miraflores: conmemorando su BICENTENARIO

Esta publicación es el resultado de dos años de trabajo de investigación, convocatoria a especialistas y compilación de la obra, garantizando una publicación que responda a las demandas y necesidades locales y regionales de calidad académica gracias a la participación de destacados y prestigiosos investigadores que han destinado una gran parte de su tiempo para formar parte de este libro

Todos los artículos giran alrededor del proceso de ocupación del territorio de la zona de Monsalvo y sobre la importancia que tuvo este original Tratado de Miraflores, que pretendía encontrar armonía entre viejos y nuevos habitantes en una región de complejas interrelaciones y en un tiempo bisagra de nuestra historia. Desde diferentes enfoques y perspectivas, los aportes de distintos autores que forman esta obra, nos brindan herramientas y miradas para poder comprender una etapa de nuestra historia regional y provincial sumamente compleja y además determinante para al futuro de nuestro país.

Este libro está conformado por 6 artículos y participan 8 investigadores.

En el primer artículo, **Martín Biaggini** realiza una síntesis de la vida de Ramos Mejía desde sus inicios, su formación, sus estudios y como a lo largo de los años fue forjando esta innovadora forma de pensar y fundamentalmente de relacionarse y vincularse con aquellos a quienes consideraba los verdaderos dueños de la tierra, sus amigos los aborígenes; y como pocos años después, confinado a su estancia en Tapiales muere dejando un legado imborrable.

Oscar A. Fantini analiza la relación entre Francisco Ramos Mejía y los pueblos aborígenes que residían en la zona denominada Pagos de Monsalvo y como se fue gestando una relación de respeto y confianza entre ellos, pero de una profunda desconfianza entre los indígenas y el gobierno de la Provincia de Buenos Aires, que permite comprender las razones por las cuales se firma el pacto de Miraflores y su pronta ruptura.

Pablo Zubiaurre pone el acento en discutir las causas que llevaron a que solo a pocos meses de la firma del tratado este fracasara, sin caer en repuestas simples, sino que lo hace desde una mirada globalizadora, entendiendo cabalmente el contexto socio-político y económico de esos años.

Marcelino Irianni realiza un valioso y elaborado aporte, donde amplía la mirada temporal al siglo XIX para comprender la inmensidad de la figura de Ramos Mejía, con características que no eran propias de su tiempo ni tampoco convenientes para ese contexto, con una sensibilidad hacia la otredad difícil de entender y aceptar en tiempos donde se estaba gestando nuestro país.

Por su parte **Gustavo J. Annessi** y **Pablo D. De Jesús** analizan la importancia que tuvo Monsalvo en la avanzada hacia el sur en las

primeras décadas del siglo XIX, el papel desempeñado por Ramos Mejía y fundamentalmente la historia militar de Kakel Huincul a través de estos años. Esta investigación permite esclarecer sobre las distintas unidades militares que estuvieron acantonadas en la Guardia de Kakel Huincul desde 1814 hasta su levantamiento, alrededor de 1830.

Por último, **Diego Catriel Leon** y **Vanesa Bagaloni** realizan un valiosísimo aporte desde un enfoque antropológico-arqueológico, donde se proponen destacar el pasado indígena anterior y contemporáneo al tratado de paz de Miraflores junto con los diferentes tipos de asentamientos fronterizos y las relaciones intersociales desarrolladas entre los distintos grupos originarios y los distintos actores sociales que estaban asentados en esta región: estancieros, peones de campo, militares, soldados, comerciantes, entre otros, durante las primeras décadas del siglo XIX en la zona de Maipú y sus alrededores.

Francisco Ramos Mejía y Adolfo Alsina. Personas en los bordes de su tiempo.

Marcelino Irianni

Introducción.

La figura de Francisco Ramos Mejía, lo mismo que el Pacto de Miraflores asociado a su persona, se asemejan a la montaña que se vuelve relevante desde la distancia. Como cualquier episodio de esa magnitud, su ubicación en un contexto más amplio cobra dimensiones que desbordan su singularidad.

Trazar otra biografía sobre estas personalidades sin la posibilidad de agregar información novedosa, lo mismo que sobre el Pacto en cuestión -cuando contamos con textos que lo han analizado con detenimiento-, no nos permitirá avanzar un trecho digno. Acaso pueda presentarse como aporte una mirada en perspectiva de ese y otros intentos de convivencia con el indígena que se dieron a lo largo del siglo XIX.

La mirada del historiador se cruza en algún punto con la del entomólogo, desestimando agrupaciones multitudinarias para posarse en la individualidad de la especie exótica, poco estudiada o sin clasificar, al borde de la extinción por determinados comportamientos. Esa búsqueda, de lupa, en la masividad de nuestro pasado, se corresponde bastante con el intento en estas páginas.

Tenemos algunas presunciones que ayudan a acortar su búsqueda. Sabemos que esa especie atípica, descubierta en 1820 y vuelta a observar en 1870, aparece y sobrevive en contextos específicos. Hubo tramos temporales de ese siglo que no fueron surcados por personalidades como Francisco Ramos Mejía, el capitán Rufino Solano, el padre Salvaire y Adolfo Alsina. Sus personalidades y sensibilidad prematura hacia la “otredad”, acaso destaquen en nuestra atención en ellos. Esa actitud y no el color, ni sus antenas, ni el grosor de una cáscara los ubicaron desde el primer momento en un taxón diferente. A

lo largo de esa centuria, el ámbito se tornó más peligroso para la supervivencia de seres como Ramos Mejía y Adolfo Alsina, tanto como para las colonias aún más exóticas que la propia, que apañaban. Es notable -no deja de sorprendernos- que en muchos tramos del devenir humano la singularidad de determinados sujetos históricos se convierta en motivo de alarma e intranquilidad para los contemporáneos.

Los datos que contamos son pocos y fríos para recuperar distintos momentos etarios de Ramos Mejía y Alsina en sus transformaciones desde crisálidas a mariposas. Con perfiles bajos y moviéndose en la penumbra de sus ideas, suelen presentársenos cuando ya cumplieron el ciclo de su metamorfosis y aletran delante nuestro. Sin embargo, los avances en la temática indígena y otros campos disciplinares relacionados, nos permiten contextualizar episodios y experiencias como las que envolvieron sus vidas. Podemos recuperar ciertos procesos que moldearon las características de cada etapa histórica pampeana, pero también las coyunturas que una matriz defectuosa -en constante transformación-, permitió engendrar personalidades destacadas como las que se analizan en este texto.

Indígenas y sujetos históricos que analizamos aquí, son inseparables. Los estudios de frontera y las sociedades indígenas en particular - además de individuos que comprendieron la frontera como un espacio amplio y que unía-, presentan profundidad y densidad. La historicidad, como siempre, complejiza nuestras miradas. La historia problema, abierta, crítica, propensa al debate, no nos desanima pese a ofrecer más preguntas que respuestas.

Profundidad.

Partir del análisis de las sociedades indígenas en el siglo XIX es recortar sus raíces, observar las copas de los árboles sin sus troncos. Los indígenas que reconocemos como habitantes del territorio argentino, estaban en estas tierras desde hace alrededor de 10.000 años, cuando aún no había países y faltaba muchísimo para que llegase el europeo a lo que hoy se denomina América. Arribaron a fines del paleolítico, cuando se retiraban los glaciares y comenzaba el clima actual, conocido como Holoceno. En cada nicho ecológico -desde la cordillera al Atlántico y desde la puna al estrecho de Bering-, experimentaron, interactuaron y atomizaron del resto, conformando las distintas etnias.

Largos procesos de conformación de identidad que culminan en colectivos recortados por los propios actores, en ocasiones para diferenciarse de contemporáneos que los presionaban en el espacio, pero también por los teóricos actuales.

Pocos grupos recorrieron -no lo necesitaron o no les interesaba- el camino hacia una complejidad socio política y económica. De banda a tribu, luego jefaturas y señoríos. En otras partes de la actual América se conformaron también Estados arcaicos. Pampas y serranos, entre otros, reconocieron desde los siglos XVIII y XIX linajes que derramaban en cascada desde personajes que habían acumulado poder y carisma en coyunturas de reacomodamientos más o menos urgentes, según el espacio donde se asentaban.

En la región central de la pampa húmeda habitaron varias tribus, llegando a conformarse una Confederación. Ramos Mejía alcanzó a contactarse con entidades tribales, mientras que Adolfo Alsina fue contemporáneo de la reunión masiva lograda por Calfucurá. A partir del 1600, la región pampeana no fue un escenario sólo habitada por indígenas. Desde épocas coloniales, individuos o grupos de españoles se adentraron más allá del río Salado -o por la costa-, llegando hasta Patagonia. Era un espacio abierto, toda vez que las distintas parcialidades ocupaban un territorio mayor al dominado por los españoles y luego por los criollos. Los mapas de la época eran producto de expediciones -y suma de relatos- que imaginaban dimensiones y formas. Esto no significaba que, un par de hitos -generalmente accidentes geográficos-, no señalaran la tierra en la que descansaban las almas de sus ancestros, vagaran los guanacos y ñandúes que los alimentaban en determinadas estaciones, crecieran chilcas, mimbres y verbenas conformando una botica en la que cada uno tomaba lo necesario para cuidar su salud o confiaran en un curandero. Estos últimos, a veces devenidos en chamanes, unían el cielo y la tierra como cometas, conformando la Pacha Mama, delimitando el universo que sintetizaba una cosmovisión preservada y transmitida durante siglos. Apenas modificada en el tiempo, esa comprensión indígena del universo sufrió embates con la llegada de ideas cristianas desde el siglo XVIII. Como diques, aquellas sociedades se mantenían alrededor de una laguna, dos sierras o un árbol nacido caprichosamente en la llanura. De estos árboles, observados por distintos viajeros, colgaban cientos de trapos de colores anudados después de una escaramuza o para despedir un abuelo que marchaba a lo alto de la sierra. Ese santuario, sencillo a

nuestra mirada, gigantesco a las de sus guardianes, desgarraba almas cuando eran desplazados a nuevas tierras luego de un Tratado con los criollos, a partir del siglo XIX.

La etapa colonial y los inicios del período independentista.

A poco de empezar el 1600, fechado ajeno a los indígenas, Hernandarias promueve ordenanzas para la convivencia con el indígena. En la misma época, comienza a visibilizarse el elemento que se constituiría en un verdadero caballo de Troya introducido por los europeos en el corazón del mundo pampa: el ganado cimarrón. Aquél trastocó, en poco tiempo, la flora y fauna local, los hábitos de sus habitantes, su cosmovisión. Caballos y vacunos desplazaron guanacos y venados, al mismo tiempo que tensaron la convivencia de las parcialidades entre sí.

Antes de 1750 se notifican los primeros malones sobre aldeas y diminutos poblados al norte del Salado. Experimentos de fortificaciones, distintos, pero con la misma función de resguardar el territorio peninsular como habían sido utilizados contra los moros, aparecen en Salto y Luján, extendiéndose luego como una pared deforme e irregular, permeable, apenas simbólica para mantener el ánimo de los pobladores. Aquellos fortines eran botones de una chaqueta desabrigada e insegura, hilvanados cada cien kilómetros uno de otro. En todas las épocas, desde los primeros contactos hasta 1880, hubo más períodos de convivencia que malones o enfrentamientos. Pero, como en los periódicos actuales o comentarios entre vecinos, la noticia de un ataque perduraba en el tiempo y la memoria. La paz no era noticia ni rumor y tampoco encontró sitio en los textos de historia.

Cada movimiento, desde el mundo colonial o las parcialidades, era observado como ajedrecistas que debían aprender rápidamente el juego o perder su lugar en el tablero. Las delimitaciones virreinales o de capitanías, junto a fechas importantes de los españoles como la reforma borbónica y para los criollos los años 1810 y 1816, eran observadas desde la lejanía de otros parámetros y límites, aunque seguidas con atención desde las tolderías. Hacía tiempo que algunos indígenas llegaban hasta los pueblos con sus tejidos, plumas y cueros, regresando con otras materias primas o productos que penetraban sus corazas milenarias cual virus que tardaban en hacer sus efectos nocivos.

El fin de la colonia trajo consigo una primavera que duraría cientos de lunas en el mundo aborígen, apenas una década en cercanías del puerto. La independencia promovió asentamientos ganaderos hacia el sur de la ciudad y campañas de reconocimiento. La de Martín Rodríguez al actual Tandil en 1823, al igual que la de Rosas en 1833, fueron muestras que impactaron diferencialmente en los nativos. Las sociedades indígenas comenzaron a discutir sus jugadas. Unos resistieron o se desplazaron a la periferia pampeana, otros se sumaron como auxiliares al avance criollo a cambio de beneficios.

El subtítulo que acabamos de cerrar, es una muestra de la mirada imperante que acomoda, encajona sociedades indígenas en fechados y territorios ajenos a sus perspectivas. Acaso -sabiendo que eso las incluye en nuestra nación forzadamente- sea la única manera de delimitarlos para su estudio. En algunas regiones como la pampeana, la interrelación creciente con el euro criollo, conlleva a la naturalidad de estas miradas.

Inicios de los estudios científicos sobre frontera.

Los trabajos sobre frontera y principalmente aquellos sobre indígenas pampeanos, experimentan un salto cuantitativo y cualitativo a mediados de la década de 1980. Indígenas, criollos e inmigrantes eran, entonces, campos de estudio necesariamente separados en pos de profundizar en ellos.

Inicialmente, fue indispensable revisar la historiografía anterior. Desplazar imágenes que estereotiparon un indio violento, alcohólico, bárbaro, fue una puerta a ideas tan erróneas como almidonadas. Repensar manuales, rastrear trayectorias e ideologías de sus autores, dejó al descubierto que buena parte de aquellos textos se apoyaban en informes de comandantes en campaña, movilizados para expulsarlos.

Repensar repetidas e inexactas referencias a las actitudes del aborígen respecto a criollos y primeros inmigrantes, colaboró en obtener un panorama heterogéneo de las distintas parcialidades e incluso categorizarlos en indios mansos o poco amistosos. Esa sencilla atomización, real, abría una infinidad de pasillos a recorrer para comprender una parte de la historia pampeana, fundamental al todo. Aquella había sido observada hasta entonces como un telón de fondo, protagonizada por actores principales y secundarios, con miles de extras

que de tanto en tanto arrasaban el escenario volviendo a sus camarines.

La teoría y conceptos mejor ajustados a lo que indicaba la información y primeras excavaciones de tolderías y fortines, no fue menos importante. Definir agrupaciones tribales, repensar conceptos como cacique, linajes, parentesco, pastoreo y reciprocidad, iluminó tantas páginas de penumbra escritas sin moverse desde escritorios porteños.

Hablamos de especificidades, claro está, que Ramos Mejía o Adolfo Alsina ignoraron. Esto no quita que, compenetrados en sus acciones, no intuyeran parte de las concepciones actuales que proponemos construidas desde relatos de viajeros, entrevistas a descendientes, algunos periódicos e informes de arqueólogos. La formación intelectual de ambos colaboró para una mirada más amplia y profunda que sus contemporáneos. Ello, lo mismo que sus filosofías de vida, los diferencian de sus contemporáneos, pero también entre sí. Un Ramos Mejía ligado al comercio y ganadería, es atrapado en vísperas de la independencia por un tornado de preceptos religiosos que lo elevan y trasladan a situaciones extraordinarias para su época. Medio siglo más tarde, Adolfo Alsina también se encuentra envuelto en una tormenta, pero de ideas que avanzaban desde Europa a tierras americanas y conocemos como romanticismo. Eso lo aleja de la religión en algún punto, por los avances de la ciencia y amplitud del conocimiento del mundo, sustanciales en esa corriente de pensamiento. Como otros románticos que catalogaban especies y nombraban accidentes geográficos para ser incorporados en un mapamundi, Alsina se sentía atraído -como Darwin- por lo exótico, lo distinto. En ocasiones, individuos como Alsina arribaban al evolucionismo, convencidos de una escalera natural que empujaba al hombre hacia la civilización, trepando desde el salvajismo o la barbarie. Si las sociedades no podían avanzar -dando una sensación de estancamiento-, se las podía guiar, tentar a los beneficios de la agricultura, el orden del territorio, la escritura. Como sea, el momento temprano y religiosidad de Ramos Mejía, como también las ideas que influyen en Alsina, obstaculizaban cualquier intento de incorporar a los indígenas aceptando sus costumbres y creencias.

Algunas parcialidades aceptaron ideas religiosas y civilizatorias, otros incorporaron algunas y rechazaron otras. No faltaron los que sumaron sin restar, preservando sus concepciones tradicionales sobre el cosmos pese a bautizar un hijo. Caciques e indios, no tenían las mismas

posibilidades y recepción de los impactos en sus sociedades. Los caciques -no todos-, se mantuvieron a mitad de camino, disfrutando del confort temporario pero sin aceptar que sus lanceros traspasasen esa línea donde se comenzaba a perder la identidad étnica. Los indígenas podían abandonar al caciquillo que los reunía y éste a su cacique, tratando de mantener costumbres o acelerar los procesos de cambio.

La frontera pampeana, siglo XIX.

Ramos Mejía y Adolfo Alsina vivieron en distintas etapas del fenómeno fronterizo. Para el primero el territorio alejaba el horizonte al infinito. Aquello relajaba y alejaba hacia el futuro el problema de la tierra. El segundo, experimentó la sensación de estar llegando al horizonte en un atardecer de sol rojizo aplastado como referencia. Aquello tensaba situaciones, urgía estrategias. En este sentido, en una época de descontrol estatal como es el primer cuarto del siglo XIX, no es incompresible que Ramos Mejía comprase tierra indígena una mañana del siglo XIX. Tampoco que en un supuesto atardecer de ese siglo, Alsina ofreciese a los catrieleros un espacio acotado respecto al original. En ese momento, agrimensores y cartógrafos pululaban por la pampa húmeda, desbordados de trabajo, ordenando la periferia de un país imaginado en el borde del planeta.

La frontera pampeana reúne un escenario y dinámica, excepcionales. Se trata de un espacio cambiante, el límite de ese occidente difuso por el humo de las fábricas que sacudía sus extremos como una frazada. El período en el que la frontera fue trascendente para sus contemporáneos y decisivo para el país -sin tomar la etapa colonial-, abarca casi 70 años de nuestra historia.

Es una experiencia propia de países nuevos, en los inicios de su etapa independiente. Lugares del mundo donde convivían criollos e inmigrantes -a veces escapando del humo de las fábricas o pequeñez de sus tierras-, penetrando en un universo indígena heterogéneo que resistía y se amoldaba a los embates tan novedosos como -en ocasiones-, crueles.

Hemos avanzado en decodificar aspectos que hilvanan arte rupestre y topónimos, junto a piedras y cerámicas, morteros y trabajos de metal que recuperan arqueólogos y tractoristas trabajando los campos. Quedan preguntas sin responder. Acaso estamos abocándonos en aspectos de las

sociedades indígenas en los que nos sentimos cómodos: la economía, la sociedad, la política. Generalmente, siempre observándolos desde nuestra mirada científicista, que se resiste a lo simbólico, lo cósmico, ese vínculo con la naturaleza difícil de medir o graficar.

Tenemos que abandonar la zona de confort, desbordar los marcos de la ciencia cuando no alcanzan para analizar rincones de determinados fenómenos históricos. Las características del escenario, a lo largo del siglo en cuestión, también deben tenerse en cuenta al momento de sopesar momentos y lugares donde sobrevivieron personalidades como Ramos Mejía y Alsina. Acaso la historia ambiental y la historia emocional, aceptadas en algunos sitios para avanzar en la iluminación de rincones del pasado aún en penumbras, sea la antorcha que hemos esperado tanto tiempo. Desempolvar la historia de las mentalidades podría acercarnos a las ideas y sensibilidades de estos personajes caros al devenir de las sociedades indígenas.

Densidad.

Mencionamos, al principio del trabajo, acerca de la densidad social, económica y política compleja para penetrar en el mundo aborígen. Nos situamos en el siglo XIX, espacio desde donde se catapulta el desarrollo de nuestro país y su inserción con el mundo. Hubo otras fronteras -en el norte, el sur, el oeste-, permeables y de corta duración, enmarañadas en selvas o climas extremos tan efectivos -o aún más- que fortines y zanjas. Este recorte, amplio, agrega densidad a la profundidad que arrastran sus procesos desde la época colonial. Los avances teóricos, la búsqueda -a veces exitosa- de documentación y la interdisciplinariedad indispensable, tales los casos de la antropología en sus ramas arqueológica y sub disciplina etnohistórica, son sólo algunas. No debemos observar las transformaciones y efectos, siempre más visibles, sólo en la “ladera” euro criolla. Ese es un desafío tan importante como el del esfuerzo de observarla como un espacio.

La recuperación de sociedades y circuitos económicos complejos, como hicieron Raúl Mandrini y Miguel Palermo oportunamente, fue una vara que se hundió apenas en el corazón de aquellas. No resultó menor la sorpresa al ver que la información dispersa transformaba improvisados malones -relatados en viejos manuales- en verdaderas empresas, con división sexual y etaria de tareas y funciones, con diques y zonas de

pastura por donde transitaban estratégicamente las rastrilladas para arrear el ganado.

Avances lentos en el conocimiento de sus creencias y simbologías, sugiere que allí las capas a atravesar suelen ser casi sólidas, insondables. Rituales de iniciación, rogativas, entierros y trances chamánicos fueron recuperados desde memorias de viajeros que plasmaron sus escritos sobre sociedades ágrafas, pero también en pinturas rupestres y excavaciones que orientaron esos mismos viajeros al mapear rutas o topónimos que resistieron el paso del tiempo.

Desde la pluma de especialistas como Silvia Ratto, entre otros/as, la categorización en sociedades más o menos amistosas fue un adelanto teórico decisivo. Aquellas primeras ordenanzas coloniales para el buen trato con el indígena, fueron semillas que germinaron doscientos años más tarde en Tratados de convivencia. Indios baquianos o rastreadores en la vanguardia de milicias criollas eran apenas la punta de un iceberg que enlazaba la apetencia voraz de algunos caciques y capitanejos por indumentaria y elementos exóticos, óxido que corrompería la profundidad de las estructuras sociales antes del final de sus linajes.

Caciques y caciquillos alterando sus formas de vida, probablemente no observado aún por Ramos Mejía, pero que debió confundir la llegada de Alsina a una toldería con el arribo a un barrio del Azul. El contexto no es un tema menor a tener en cuenta. Los contemporáneos de Ramos Mejía, apenas comenzaban a creer en la posibilidad de una nación y un país independiente. Los indígenas, observando con asombro la retirada de los colorados y el avance desordenado de chaquetas azules en distintas direcciones -apenas teniéndolos en cuenta- reproducen una sensación opuesta al ejército argentino que acaba de volver de Paraguay. Ese escenario bélico que enfrentaba criollos de distintos países en gestación e incluso de la misma nación, tiene poco que ver con la pampa de 1870, ordenada desde inestables marcos legales de una república en formación, pero con el norte más claro.

¿Debilitaba a los caciques -y sus sociedades- el acercamiento al elemento euro criollo? Arrimarse a una guarnición fronteriza debió ser, ocasionalmente, una estrategia tribal posible para resguardarse del poderío de caciques amenazantes. En este punto, la comparación entre la coyuntura de 1820 y 1870 es confusa, difusa para ser observada y difícil de recuperar desde decisiones no escritas que se apagaron, como los fuegos que alumbraron largas charlas de mandatarios. La

convivencia a lo largo de décadas evidencia, en figuras como Cipriano Catriel, que el matrimonio con el mundo euro criollo hizo estragos en su interior. Era una relación asimétrica, feliz durante el noviazgo, duro luego que se consumó el casamiento, irreversible cuando tuvieron hijos.

Historicidad. El tiempo es un viento constante.

“Nacer junto a un abuelo indígena que usa sable y quepi”

Nuestra mirada es necesariamente histórica. El tiempo modifica, altera, acelera o frena experiencias de los sujetos que estudiamos. Las sociedades indígenas fueron observadas, durante demasiado tiempo, como ambientalistas, detenidos en el tiempo, casi prehistóricos, impermeables.

La influencia del mundo euro criollo en sociedades indígenas no debería polarizarse a extremos como resistencia o primitivismo. *“...los especialistas no han tomado en consideración la facultad de innovación de las llamadas sociedades tradicionales, reconociéndoles sólo una gran capacidad de resistencia. Contrario a lo que hemos repetido, la línea de frontera es acaso la más preparada para la innovación, la más progresista. Eso la convierte en un acelerador de los procesos...”* (Amselle) Actualmente avanzamos en un término al que se le había prestado poca atención: “tierra adentro”. Carlos Mayo lo teorizó como espacio de subsistencia, fuera de los límites de control estatal, zona donde los gauchos podrían sobrevivir como Robinson Crusoe, pero volviendo a los poblados cuando necesitaran hacerlo. El Martín Fierro y otros emprendimientos literarios, aunque con trasfondo y personajes históricos como fue Juan Moreira, lo presentaban como desertores que iban a refugiarse un tiempo a las tolдерías, recibiendo el nombre de agregados o gente de confianza.

Los individuos y grupos -las culturas- no mezclan ni alteran cosas por placer en los bordes de algo distinto. Lo hacen por razones de supervivencia física y social, administrando esa cuota mínima de incorporación ajena a sus identidades. Eso, probable en las primeras líneas de regiones habitadas por indígenas poco amistosos, no sucedió con aquellos tildados de mansos como los catrieleros o la gente de Colliqueo. Los inmigrantes, criollos e indígenas acomodaron -cediendo o reafirmando- sus identidades al escenario étnico, cultural, social y

económico de un siglo XIX extraordinario.

Un siglo de contactos crecientes, de avance de colonos y criollos que se instalaban cerca de los toldos, de indios/as que frecuentaban sus comercios, de entregas de mercaderías desde el Estado, de novedades culturales respecto de la tierra, el trabajo y la verticalidad militar, alteraron sus comportamientos sociales y quizá, individuales.

El subtítulo que abre este apartado, sintetiza la familiaridad -alejada a cualquier idea de impacto traumático- de ver un cacique como Cipriano con botas y sombreros de hacendado, paseando en un sulky, habitando en una chacra o un chalet en el pueblo de Azul, desde donde dirigía la tribu.

Incorporarlos a escenarios donde interactuaron con criollos y europeos, improvisando un libreto sobre la marcha, es una tarea ya emprendida. Nada grafica mejor lo sucedido con inmigrantes, criollos o indígenas que arribaron a la pampa en oleadas, como el acto de barajar un mazo. Los distintos grupos, en momentos diferentes, penetran en espacios que les deparan tantas oportunidades reales, como situaciones azarosas. La secesión de Buenos Aires o la guerra con Paraguay, fueron coyunturas inmejorables para el fortalecimiento y demandas de los caciques a los gobiernos de turno. El final de esa guerra y la llegada de armas modernas y el telégrafo, un revés del azar. Los vascos e irlandeses que penetran al mazo en el momento y lugar del boom del lanar, jugadores encaminados a ganar sus partidas personales respecto al progreso.

La historicidad nos empuja, además, a observar a Ramos Mejía, Adolfo Alsina y los Catriel en un siglo XIX occidental dinámico, con actores que entran y salen de escena todo el tiempo. La movilidad espacial de los trabajadores solteros y jóvenes, se cruzaba con indígenas llegando a los pueblos a vender o trocar sus plumas por vicios, además de criollos juntando caballadas o bicheando. Esa es la densidad de una época donde una imagen fija no permite explicar casi nada.

Entre Ramos Mejía y Alsina: acomodarse a un nuevo orden.

El XIX es el siglo victoriano, romántico, en el que se ordena el mundo, se lo explora en todos sus rincones. Mientras que los científicos catalogaban especies y daban nombres a accidentes geográficos desconocidos, otros medían pueblos, caminos y grandes latifundios. Esa ideología, filosofía, es la caja del mazo que contiene barajas y reglas de

juego distintas.

Los indígenas compartieron el escenario y el siglo decimonónico, tan presionados como los criollos o inmigrantes por la coyuntura internacional. Si a ello sumamos que muchos criollos, provincianos, indígenas e inmigrantes penetraban a la zona pampeana en esa etapa, la complejidad que buscamos develar cobra la imagen de una pátina de aceite en el agua. Difícilmente Ramos Mejía o Alsina hubiesen notado esa densidad, experimentado la historicidad del conjunto y la profundidad de los procesos. De todos modos, si hubo un puñado de personas intelectual y sensiblemente preparados para ello, ambos formaron parte del mismo.

Los protagonistas, heterogéneos por cierto, presentan un abanico de consciencia y visibilidad de sus realidades. Eso no impedía que la inserción en la economía mundo -inevitable- remodelara sus paisajes y costumbres. Eran épocas de cambio. Debemos pensar las coyunturas críticas con una claridad que quizá la mayoría de los contemporáneos no tuvieron. Entre los criollos, y sólo parcialmente, San Martín, Belgrano, más tarde Sarmiento o José Hernández. Del mismo modo, en el universo indígena un Calfucurá, Catriel, Pincén, el secretario de Catriel, Santiago Avendaño. Entre ambos, con una mirada tan amplia como lo permitía el contexto, Ramos Mejía, Soldano, Adolfo Alsina, el padre Salvaire.

Barajar el mazo también incluía recibir -azar por medio- un as de espadas o un cuatro de copas. Los efectos de la revolución industrial en la periferia de occidente que no alcanzaron a observar Ramos Mejía ni los caciques con los que compartió un espacio, impactó como un meteoro en la época de Alsina y los últimos caciques catrieleros. El efecto también hizo mella en los criollos y gauchos, en los terratenientes. Era el fin del trueque, de espacios sin alambrar, de personas que domaban o juntaban caballos un par de veces al año, que comían lo que cazaban...

A partir de la década de 1860, el intercambio cultural alcanza un clímax inesperado, sumado a una larga prohibición de caza y juntada de ganado en el que se asentaban los tratados con distintos gobiernos. Esta es otra diferencia fundamental entre las sociedades indígenas tratadas por Ramos Mejías y las que intentó asentar y desarmar Alsina. Los indígenas adquieren prácticas y vicios de los criollos, también imitan

aspectos castrenses que ordenan sus fuerzas.

Un Estado para tantas naciones.

El Estado y las sociedades indígenas mantuvieron desde la época colonial una relación asimétrica, acomodaticia. El proceso de desarrollo del Estado, saltando de virreyes a presidentes, fue largo y a ello debieron acomodarse mandatarios y pueblos, pero también indígenas. Como hemos visto antes, no fue necesario -aunque si decisivo-, un Estado consolidado y aplomado para desplazar definitivamente a las sociedades indígenas del territorio que interesaba al mundo.

En este sentido, estamos frente a otro elemento distintivo de la época de uno y otro de los sujetos históricos que analizamos, a la vez que las sociedades indígenas con las que convivieron. Podemos suponer que la colonia, con su cabildo y políticas improvisadas tuvo un gen de ese Estado que luego controló, buscó pacificar y hasta evangelizar. Azul y otros espacios de frontera, eran márgenes de un Estado provincial y nacional. Esa circunstancia explica parte de la experiencia indígena y marca diferencias entre don Francisco y un sucesor inesperado como Alsina.

Si imaginamos un mapa bosquejado en 1820, cuando la frontera indígena se situaba al norte del Río Salado y recordamos el territorio indígena reconocido en 1870, vemos que en esta última fecha muchas parcialidades permanecían rodeadas de Estados provinciales. Aún con este salto cuántico relativo al poder de control, una década después de la revolución de mayo, esa estructura en formación arrojando lastres coloniales para remontar vuelo, penetraba en territorio indígena fundando el Fuerte Independencia de Tandil. Martín Rodríguez tuvo una actuación poco decorosa con los indígenas locales, similar a la que implementó poco antes matando a peones indígenas cercanos a Ramos Mejía. Ello nos muestra que los personalismos pueden desbordar políticas consensuadas en el seno de una república apenas pensada. No hubo políticas de Estado planificadas respecto al indígena hasta 1875; eso asimila en cierta manera a Ramos Mejía y Alsina.

Mientras Ramos Mejía pugnaba cambios en su alma e imaginaba soluciones al conflicto indígena, el Triunvirato y luego los Directores Supremos, miraban al norte y el este preocupados por un potencial retorno español. Salvo momentos de euforia o largas sequías que

demandaban planificar campañas al sur, el Estado priorizó emprendimientos críticos (caudillos, unitarios y federales, la secesión, guerra en Paraguay) hasta 1870. Los indígenas no eran súbditos, ni ciudadanos, ni siquiera -salvo en pueblos y momentos específicos- vecinos. Eran naciones que compartían -cada vez menos- con criollos y extranjeros, el territorio por el que otrora vagaran sin límites.

No podemos dejar de lado que los caciques también hacían valer sus personalidades y debilidad en nombre de sus parcialidades, apenas consensuadas con los caciquillos de su confianza o que comandaban muchas lanzas. La documentación nos muestra una preferencia indígena por determinadas personas para tratar problemas con el criollo. Ramos Mejía, debió conseguir ese estatus prontamente. El general Rivas, en la década de 1860, aunque por motivos de negociación con menos sensibilidad que ganancias, también era elegido por los catrieleros. El capitán Soldano -con intentos de civilizarlos- indispensable para que comience una reunión o se arribase a un acuerdo con los indígenas en la misma época que Rivas y Alsina. Éste y su mano derecha, el coronel Levalle, eran más escuchados que otros jefes. Cada uno de ellos se sentaba con motivos e intereses diferentes, a veces empujados por el contexto, a negociar con uno o más caciques. Mientras Ramos Mejía imponía reglas éticas y normas para habitar el lugar dispuesto, junto a reuniones religiosas sabatinas, Alsina era indeclinable con el desarme y una militarización obligatoria de los indios en caso de emergencias, a cambio de tierras donde asentarse.

Medio siglo después de Ramos Mejía, Sarmiento hablaba de civilización avanzando sobre la barbarie. Alsina, compañero de gobierno del sanjuanino y luego ministro de Avellaneda, frenaba el ímpetu de las ideas sarmientinas, para luego preocuparse por las del general Roca.

Tierra, territorio, espacio, escenario, identidades.

Ramos Mejía y Alsina, dirimen sus cuestiones con los indígenas y criollos, en torno a conceptos tan vagamente usados como tierra, escenario o territorio. Hasta ahora, hemos observado a los indígenas como aves migratorias, aprovechando estacionalmente un espacio modesto para sus cacerías, luego juntadas de ganado y más tarde asentarse a cambio de vicios y ganado. El uso del espacio ponderando

en primer lugar el agua, llevó a cierta caracterización de nomadismo, erróneo por cierto en el siglo XIX.

En todo momento el espacio indígena contiene una alta significación cósmica. Ni Ramos Mejía ni Alsina alcanzaron a comprenderlo. Para Ramos Mejía aquellos indios eran hijos de su mismo Dios, maleables en cuanto a las ideas religiosas. Para Alsina primaba -o debería orientarse a ello- el sentido de propiedad privada, individual. Los indígenas fueron observados, hasta mediados de ese siglo, como una nación que controlaba enclaves ricos en salitre o pastizales, pero rara vez como propietarios de los mismos. La división y papelería en torno a la propiedad de la tierra y recursos eran reglas de juego aceptadas en el viejo continente, pero acotadas, novedosas e improvisadas en América. Apenas un espacio del actual territorio argentino se regiría con esos principios hasta la época de Alsina.

Una sociedad ágrafa que habitaba un espacio que unía cielo y tierra, iba en contra de lo que planteaba occidente. Esto no implica que las sociedades indígenas carecieran de territorialidad, sino que originariamente sostuvieron una forma distinta de concebir, delimitar, usar y compartir la tierra. No les importaba su propiedad sino el uso de la misma. El firmamento que los orientaba y la tierra que brindaba sus frutos diarios, eran parte de un todo, envuelto en un mundo de espíritus.

Esa cosmovisión no era inmutable. La concepción tradicional del espacio y el ancestral vínculo con la tierra también cambiaron de generación a generación, tras cada visita de curas misioneros, bautismos y aceptación de nombres cristianos para las criaturas.

Aquella flexibilidad, natural en una sociedad indígena amigable como la azuleña y acaso forzada en las que se mantuvieron periféricas, fue el margen de negociación de los indígenas frente a coyunturas cambiantes. Privilegiando la convivencia pacífica, algunos optaron por fijarse en un nicho ecológico menos apto de la frontera, condición habitual en los acuerdos.

Una bisagra...que luego se oxidó.

La documentación nos muestra, en trabajos de colegas como Lanteri y Pedrotta, que la propiedad territorial llegó a los márgenes de algunas tolderías, para regresar luego como el agua del mar. En 1856 Juan Catriel había logrado obtener -sin escrituras mediante-, 20 leguas cuadradas para su gente. Habían sido convenidas con el gobierno

porteño en un Tratado. Un militar, Cornell, deja una de las primeras fuentes cartográficas donde se encuentran definidas espacialmente las tolderías catrieleras.

A mediados de 1860, el arroyo Nievas es el lugar desde el cual el cacique Juan Segundo Catriel remitía correspondencia a las autoridades militares, posiblemente escritas por Avendaño, su secretario.

El agrimensor Romero, que mensuró Estancias en la zona de Azul en 1864, informó que “no pudo amojonar todo” por la resistencia que le hicieron los indios cuyas tolderías existen en estos campos... A fines de esa década, el general Rivas (jefe de la frontera sur) informa a Mitre que los catrieleros, Cachul y otros caciques se habían instalado en una corta extensión de terreno cuyos límites son al norte la Blanca Chica, por el poniente el arroyo Azul y por el poniente las dos sierras, por el sur el nacimiento del Tapalqué. Las tolderías comenzaban a dos leguas escasas del pueblo, por el noroeste, suplantando mojones reconocidos por el Estado por accidentes geográficos, como sus ancestros.

El mismo Rivas escribe a Mitre en 1863 especificándole que los toldos están concentrados en el arroyo de Nievas, adjuntando un croquis. Una década más tarde, Cipriano tenía una chacra y un chalet en el pueblo. En 1875, el coronel Levalle en nombre del doctor Alsina, ofrece tierras ubicadas más lejos, carentes de algunos elementos fundamentales como una laguna y que los alejaba de sus espacios sagrados. Hay discusiones internas, encono de los caciquillos y renegociaciones. El gobierno entregaba una legua cuadrada al cacique, chacras a los segundos mandos y un solar a cada indio. No es este el lugar para discutir con la profundidad necesaria que semejante ofrecimiento supone.

Mientras que, para el estrato dirigente indígena, la cosmovisión debía resignarse como parte de la negociación, para los indios de lanza y la chusma “los espíritus de todo lo existente” se esfumaron, dejándolos solos. La evangelización los hizo dudar de sus dioses, que no estuvieron allí cuando perdieron las tierras de la Pacha Mama.

Los caciques e indígenas que vendieron y luego habitaron en campos de Ramos Mejía en 1820, también sufrieron cambios a lo largo del tiempo, tanto en sus costumbres, culturas y posibles rechazos a elementos criollos y europeos. Fueron pioneros en sufrir el desencanto de rompimientos de Pactos, sospechados de traición a la sociedad criolla y perseguidos. Apenas habían comenzado a conocer y acomodarse a

nuevas costumbres de los bonaerenses. Junto a ello, a la vez que veían desplazar sus especies por otras exóticas, se debilitaba la cosmovisión que hundía sus raíces en tiempos remotos. No es casual ni espontáneo observar imágenes y descripciones de contemporáneos de Catriel o Namuncurá vestidos de militares, con rango de general, cobrando un sueldo del ejército argentino. Junto a traslados a nuevos campos que ocasionalmente no contaban con lugares sagrados como sierras o lagunas, debió impactar mayormente en las bases indígenas. Cuando Juan José Catriel decide y promueve el éxodo de su tribu, los caciquillos Maicá y Chipitruz deciden quedarse. La temporalidad, la gota que orada la piedra, había logrado quebrarla en varios pedazos.

Adolfo Alsina. Frenar los malones.

En 1875/76 Alsina proyecta junto al agrimensor Ébelot la construcción de un foso de 600 kilómetros (conocido como la zanja de Alsina) para frenar los malones. También proyecta y ejecuta en parte la mensura de un espacio para asentar definitivamente a los catrieleros.

“En el foso no busqué, lo repito, ni orijinalidad, ni poesía; pero hallé en él un medio eficaz para alcanzar y resultado grande y lo adopté. Dejo a los espíritus teóricos que busquen soluciones prácticas, inspirándose, ante todo en la orijinalidad ó en la belleza de la forma”

He dicho en otro lugar de esta Memoria que el indio no invade para pelear; ni tampoco por el placer de hacer mal. Invade para poder regresar con lo que robe. Bien, pues, salvado el foso, consumada la invasión, ¿qué hará el indio con el robo? No ha de pretender salir por donde entró, porque debe suponer que el paso está ocupado o el obstáculo reestablecido. ¿Se lanzará entonces a buscar salida con arreo, teniendo antes que derribar la muralla y que borrar el foso? Tampoco lo hará, porque ha de contar con que las fuerzas de la 1ª línea, sabiendo que hay enemigo a retaguardia, han de redoblar la vigilancia y han de ocupar los pasos más probables.

Además, es en estos casos que juega el telégrafo un rol más importante, porque, si la invasión es considerable, los jefes de la 1ª línea tienen aviso anticipado de la dirección que aquella sigue. Termino aquí lo relativo a ese foso tan escarnecido, esperando,

sin recelo alguno, el fallo sobre él de la experiencia.” (Memoria de Adolfo Alsina, abril de 1877)

Alsina tuvo cobijo y respaldo en el presidente Avellaneda y el agrimensor Ebelot. Este francés, cartógrafo que ordenaba una parte del mundo periférico, nos dejó memorias que permiten entrever sus ideas respecto al proyecto de Alsina, último puente a la convivencia. A diferencia de Ramos Mejía, que adquirió tierras en las que luego permitió asentarse a sus antiguos ocupantes y otras parcialidades, Alsina ofrecía tierras públicas.

“En el mes de noviembre de 1875, el Ministro de la Guerra de la Argentina, Dr. Adolfo Alsina, me encargó la misión, seguramente poco común aún para un ingeniero sudamericano de trazar una ciudad en pleno desierto, dotarla de una escuela, rodearla de quintas y chacras, e instalar allí en cumplimiento de un tratado reciente, a la tribu india del cacique Catriel. Esos indios pertenecían, aún hacía pocos meses a la categoría de los que en estilo de frontera se llaman “indios mansos”; se quería hacerles dar un paso más y volverlos indios civilizados. El medio adoptado para llegar a este resultado, parecía sabio y juicioso. Era suprimir el comunismo esterilizante en que vejetan bajo el despotismo patriarcal de los caciques. Era dar a cada uno de ellos, con la propiedad de un campo y de una casa, el sentimiento de su independencia de hombre poco a poco, por la escuela y por el ejemplo, el de su dignidad de ciudadano. (Ébelot)

Ese año -a tono con la lógica occidental- el ofrecimiento de Alsina fue acorde al rango: una legua cuadrada para el cacique, chacras de 170 hectáreas para capitanejos, solares para los indios. Aunque estaban preparados para comprender ese ofrecimiento, sólo dos capitanejos y su gente, aceptaron el trato. La experiencia recordaba al resto, que la lógica occidental no había respetado tratos anteriores. A ello se sumaba la entrega de sus armas y la militarización de todos los lanceros. En los mismos meses que se llevaban a cabo las reuniones para el asentamiento definitivo, la llamada zanja de Alsina buscaba ganar kilómetros para frenar malones y que los indígenas desistiesen de esas empresas. La salida era aceptar tierras y la inmovilidad por el espacio. Ébelot reflexionaba al respecto.

Un foso es poca cosa, pero cuando tiene 80 leguas de largo se

transforma en algo respetable. Adquiere un interés casi dramático si se piensa que marca el límite visible entre la civilización y la barbarie. El parapeto de adobes que lo bordea es, en pequeño, una muralla china. Es la misma solución, exhumada y remozada, de un problema tan viejo como el mundo: la lucha de los sedentarios contra los nómades”

El éxodo catrielero (1876)

“El final del arco iris. Ni cofres con oro ni tierras para volver a tiempos mejores.”

Elegir entre una tierra óptima dividida en parcelas o un territorio medanoso pero abierto, unido al cielo, para vivir un tiempo más como sus ancestros, no dejó opciones al último cacique Catriel. Alsina proyectaba puentes para acercar las partes, pero sólo alejando en el tiempo la irrupción violenta sobre las tribus. Era ministro de Guerra, pero la presidencia de Avellaneda finalizaría y con ella, su único apoyo político. La zanja y el ofrecimiento de tierras, aunque los catrieleros llevaban décadas de contacto con el criollo, los relegaba a una posición de exterminio étnico más lento, pero con idéntico final. Sin el espacio para continuar costumbres y su cosmovisión remendada para seguir pareciéndose a la de sus abuelos, sabían que era el principio del fin.

El telégrafo, el rémington, el ferrocarril y un Estado abocado a ocupar ese territorio, arrancaron una página de la historia que el viento se negó a alejar. La oposición política a Avellaneda y el ala dura militar, encabezada por personas como Roca, presionaban sobre una sociedad que tenía poca intervención en la realidad. Mientras los porteños buscaban no gastar recursos en los indígenas, ni siquiera para desplazarlos, los comerciantes azuleños solicitaban a Alsina que no los expulse, dado que sus comercios dependían en buena parte de los catrieleros.

Juan José y su gente iniciaron el éxodo que culminaría con la disgregación y rendimiento en la fortaleza de Bahía Blanca, a fines de 1877. Los catrieleros alcanzaron a habitar en los médanos, al oeste de la actual Bahía Blanca, durante poco menos de un año. Ébelot, maravillado por semejante espectáculo, observó la marcha de un pueblo por la pampa, desde la pequeñez e inseguridad del fortín Aldecoa.

“Estábamos pues reducidos al papel de espectadores, lo cual, seguramente, era ser afortunados. A pesar de los risibles

espantos del platero apresado en Azul que enviaron los indígenas a mediar con nosotros, temeroso por cierto de que los indios se fijaran en nuestras ropas civiles, pudimos asistir, de pie en la plataforma y con los gemelos en la mano como en el teatro, al desfile de la invasión... Durante cuatro horas vimos sucederse las selvas de lanzas y las inmensas tropas de vacas y caballos. Había por lo menos 150.000 cabezas de ganado. Era admirable el perfecto orden con que todo aquello marchaba. Los interminables hatos relinchaban y mugían, todos los animales con una sola idea: escapar. Finalmente aparecieron las mujeres y los niños de la tribu de Catriel. A una señal del cacique todo el mundo había montado a caballo en busca de otra patria. Detalle conmovedor: las viejas llevaban consigo sus gallinas, su gallo, su gato, en rústicas jaulas; más lejos, espectáculo menos patriarcal, se divisaba una galera vacía, coche robado a sus asesinados propietarios”

Ébelot, deja el lente que agranda y acerca el suceso a su vista, a su mente, a su espíritu. Piensa en Armaignac, Mc Cann, Darwin, Rauch, Salvaire, el padre Fahy, los salesianos y todos los científicos, militares, religiosos, empresarios británicos y de otras nacionalidades que recorrieron estas tierras. Poco importa su objetividad en el cálculo de un arreo cubierto por el polvo que dirige Catriel. Ebelot sabía que ese éxodo no era un fenómeno local. Era la avanzada del progreso. Viejas y mujeres embarazadas cargando cueros y tristezas, ancianos ayudados de un bastón y un nieto para resistir el empuje del viento, criaturas hambrientas levantando hojas para llevar algo a su boca. Alrededor de esa masa social, animales que se retrasaban, ganado y mascotas dispersándose, escapando de un libro, cayendo como manchas de tinta del plumín al muslo del escritor. Ese cuadro dantesco, esa cola social difusa de la cabeza del cometa conformado por el cacique, sus segundos y los guerreros, viajaba al ras del suelo pampeano como una centella, pero tarde o temprano caería exhausta en algún sitio. Enterado de que algunos caciquillos como Maicá habían aceptado las nuevas reglas de juego, quizá sin conocerlas o intuyendo la mejor salida, Ebelot observó en los catrieleros un montón de obstáculos para occidente que gemían, barridos por la escoba gigante del progreso.

Incorporando gente a las páginas de la historia.

Los indígenas, desde Tierra del Fuego a Chaco, fueron nómades en las

páginas de la historiografía argentina hasta no hace mucho tiempo. Desde pequeños párrafos que los describía erróneamente, saltaron al margen y de allí al escritorio de intelectuales que los aborrecían. Permanecieron casi invisibilizados en la etapa colonial, situación que nos impidió comprender ese período hasta hace medio siglo. Con enfoques lejanos y subjetivos sobre el siglo XIX, una mirada política y elitista también ocultó el mundo indígena hasta donde pudo. Los documentos -que siempre estuvieron allí- y las ideas, los marcos teóricos y nuevos enfoques, irrumpieron desde 1970/80, renovando viejas interpretaciones. Desde entonces, miradas amplias a un escenario dinámico de frontera, permitió recuperar a las sociedades indígenas en su contexto, con sus experiencias diferenciales pero interactuando con el resto.

También se descubren -con mirada de microscopio-, personalidades distinguidas, sensibles, que intentaban cambiar la imagen abismal de frontera. Con la consciencia posible y en cada etapa de un siglo extraordinario como el XIX, descubrimos en ellos una actitud diferente respecto a las etnias aborígenes. No podemos inculcarles el rótulo de pacifistas, mucho menos de indigenistas. Eran seres humanos, moldeados por sus contextos históricos, saliendo por momentos de los rieles por donde transitaban sus contemporáneos. Observaron puentes imaginarios que el resto no alcanzó a divisar -salvo fugazmente un Avellaneda y el agrimensor Ébelot- pero pronto intuyó peligrosos. Fueron idealistas y ejecutivos, motivos por los que recibieron un escarnio religioso al comenzar el siglo y medio siglo más tarde, el mediático. No tuvieron poder para encauzar sus proyectos. Emparcharon heridas, alargaron situaciones destinadas a finales críticos. No pudieron arreglar problemas que hundían sus raíces en la etapa colonial en casi toda América. Sin embargo, esas páginas arrancadas de nuestra historia que el viento mantuvo sobrevolando sobre nuestras cabezas, llegan en la conmemoración del Pacto de Miraflores. Es el momento de abandonar los márgenes y ocupar el espacio que merecen. El intento de Alsina, eclipsado por el triunfalismo de un Roca conquistando un desierto inexistente -irónicamente apoyado en los logros de Alsina-, no han sido tratados con la importancia que tuvo.

Lejos de compilar datos de Ramos Mejía o de Alsina, los hemos situado en sus respectivas épocas, con sus giros en torno una filosofía de vida, proyectos -erróneos o no- y decisiones. José Luis Romero, en algunos pasajes de sus escritos compilados en *La Vida Histórica*, refiere a los

rieles por donde nos movemos con escasas posibilidades de emprendimientos o ideas que desborden la coyuntura, lo esperable. Es una observación universal, que no se ajusta sólo a personalidades distintas, con arrojo, incomprendidas, incluso perseguidas en su tiempo.

Ramos Mejía se convierte, desde lo espiritual, en un salvador de almas, pero desde lo político en un trasgresor y religiosamente, en un hereje. Su biografía, aunada con esfuerzo por un puñado de datos que nos privan de conocer un poco más sobre su personalidad, muestra un final cruel, atenuado por un entierro llevado a cabo por indígenas que seguían respetando su accionar. Alsina, por su parte, muere joven y soltero, lejos de su hogar y por causas propias de un trabajo extenuante en campaña. Don Adolfo, un Ministro de Guerra atípico que caminó sus últimos pasos enredado en ideas románticas, más cercano a la ciencia que a la Biblia, colaborando en el orden mundial que avanzaba por occidente. Como una constante en el devenir de la humanidad, a personalidades pacifistas encaminadas a un logro loable, los desplazan personalidades violentas e intolerantes como Martín Rodríguez y Julio A. Roca.

Ramos Mejía y Alsina, aunque abandonaban de tanto en tanto de los rieles vitales esperables para experimentar y ensanchar sus vidas, eran producto del siglo XIX. Desde Estados Unidos de América hasta la Patagonia, sin olvidar las experiencias traumáticas indígena -y campesinas- en México, Centroamérica, Brasil, Chile y Uruguay, resulta casi imposible no imaginarlos contaminados de aquellas experiencias. Los mandatarios de cada país independizado de su metrópolis, observaban experiencias del resto para terminar de conformar sus formas de gobierno, acomodándolas a sus regiones y posibilidades. El tema indígena atraviesa, con diferencias más o menos pronunciadas, todo el continente en aquella centuria. La ausencia de mano de obra o el porcentaje de inmigrantes, lo mismo que las producciones imperantes y las extensiones de tierras a mano, fueron variables que también estuvieron en los escritorios de los decisores argentinos. Ramos Mejía y principalmente Alsina, eran transgresores, forzaban a soluciones poco empleadas en el resto del continente.

Sus esfuerzos no fueron en vano. Se asilaron en un rincón de la historiografía nacional, desde donde hoy se suman para hacer posible la mirada amplia que contiene a todos los sujetos históricos. Fueron influyentes y distinguidos, cada uno en su tiempo vital, dinámico y cambiante en la celeridad decimonónica. Sin aceptar al otro en la

totalidad de sus costumbres y creencias, imaginaron una posibilidad de convivencia. Los engrandece su capacidad de comprender actitudes de violencia espasmódica indígena, acaso justificables en ese contexto en que eran alejados de sus espacios y recursos, que experimentaban el incumplimiento de Tratados. Fueron intentos nobles de construir puentes transitables en ambas direcciones. Francisco Ramos Mejía y Adolfo Alsina eran viajeros en el tiempo, deteniéndose ocasionalmente en lugares y momentos poco propicios para sus ideas y proyectos.

Bibliografía consultada.

Alsina, Adolfo [1877] *La Nueva línea de fronteras. Memoria especial del Ministerio de Guerra y Marina, 1877*. Buenos Aires, Eudeba, 1977.

Amselle, Jean Loup: *Mestizo logics. Anthropology of Identity in Africa and Elsewhere*. Stanford University Press, 1998.

Armaignac, H. [1876]: *Viajes por las pampas argentinas, 1869-1874*, Buenos Aires, Eudeba, 1976.

Barros, A.: *Indios, fronteras y seguridad Interior*. Buenos Aires, Ed. Solar/Hachette, 1975.

Boccarda Guillaume; “Fronteras, mestizaje y etnogénesis en las Américas”, Raúl J. Mandrini y Carlos D. Paz, editores, *Las fronteras hispanocriollas del mundo indígena latinoamericano en los siglos XVIII-XIX. Un estudio comparativo*, Tandil/Bahía Blanca/Neuquén, IEHS/CEHIR/UNS, 2003, páginas 63-108.

Ebelot, A. [1889] *La Pampa*. Buenos Aires, Ed. Pampa y Cielo, 1965.

Garavaglia, J. C.: “Las relaciones entre el medio y las sociedades humanas” Mandrini, R. y Reguera, A. (compil.) *Huellas en la tierra. Indios, agricultores y hacendados en la pampa bonaerense*. Tandil, IEHS, 1993.

González, M. H.: *Catrie Mapu. Monografía sobre los Catriel*. Museo Etnográfico de Olavarría, Olavarría. 1967.

Irianni, M.: “Indios e inmigrantes, ¿Actores de un mismo drama? La movilidad de españoles, franceses y vascos desde el puerto hasta Tandil”. Tandil, *Anuario IEHS 12*, 1997, páginas 327-346.

Irianni, M.: "¿Cacique, general y hacendado? Transformaciones en la dinastía Catriel, Argentina, 1820-1870" *Anuario de Estudios Americanos* 62, Sevilla, 2005, páginas 209-233.

Jong, I. de: "Identidades mestizadas, identidades escindidas: el proceso de etnogénesis entre los indios amigos de la frontera bonaerense (1860-1880)" *Actas del VI Congreso Internacional de Etnohistoria*, Buenos Aires, 2006, páginas 1-22.

Lanteri, Sol y Pedrotta, V.: Mojoneros de piedra y sangre en la pampa bonaerense. Estado, sociedad y territorio en la frontera sur durante la segunda mitad del siglo XIX. *Tefros n° 1-2*, Buenos Aires, 2012, páginas 10 y ss.

Mandrini, R.: "Las sociedades indígenas de las pampas en el siglo XIX". Lischetti, M. (compil.): *Antropología* Buenos Aires. EUDEBA. 1985, páginas 205/224.

Mandrini, Raúl: "Hacer historia indígena. El desafío a los historiadores". Mandrini, R. y Paz, C. (compil) *Las fronteras hispanocriollas del mundo indígena latinoamericano, siglos XVIII-XI* IIEHS, UNS, CEHIR, Tandil, 2003, páginas 13-32

Mansilla, L.: *Una excursión a los indios ranqueles*. Centro Editor de Latinoamérica S.A. Buenos Aires. [1870], 1980.

Martínez Sarasola, C. y otrs. (eds.) (2004): *El lenguaje de los dioses. Arte, chamanismo y cosmovisión indígena en Sudamérica*. Buenos Aires, Editorial Biblos, páginas 67-125.

Mayo, Carlos y otros: "Polémica Gauchos, campesinos y fuerza de trabajo en la campaña rioplatense colonial", *Anuario IEHS*, n° 2, Universidad Nacional del Centro de la Pcia. de Buenos Aires, Iehs, 1987, pp. 23-70.

Palermo, Miguel Angel: "Reflexiones sobre el llamado complejo ecuestre en la Argentina" *Runa*. Archivo para las Ciencias del Hombre, ICA, Buenos Aires, 1988.

Ratto, S. (2003). *Estado, vecinos e indígenas en la conformación del espacio fronterizo: Buenos Aires, 1810-1852*. Tesis doctoral, UBA.

Romero, José Luis: *La vida Histórica*. Buenos Aires, Editorial Siglo XXI, (Ensayos compilados por Luis Alberto Romero) 1998.